

## [La historia de Couca.](#) Transcripción del vídeo.

Mi llegada a París. Me sentí tan sola, pero al mismo tiempo tan libre. Después de la larga odisea que pasé en el aeropuerto de Orly -en los tiempos cuando llegaba Aerolíneas Argentinas-. Me instalé en un hotel de la calle 18 de rue Pierre Leroc en París, donde vivía Laura. El problema es que yo me tuve que cortar el pelo y vestir atuendos holgados porque si se daban cuenta que éramos trans no te daban la entrada. Ya esa discriminación teníamos en los países más desarrollados. El chico que me cortó el pelo fue Eli, el amigo de Judith que era de nacionalidad brasilera y que había sido expulsado de Francia. Con el pelo corto yo parecía un árabe es por eso que me pararon, creían que entraba con pasaporte falso, hasta eso me pasó, pero se dieron bien cuenta que yo era argentina. Salí del aeropuerto como a las cinco de la tarde, cuando había desembarcado a las once de la mañana. En fin... estaba ya en París y aquí, era de noche. "¿Dónde me metí?" me dije a mí misma, pero ya estoy aquí... así que: tripas corazón! Tomé un taxi, le di la dirección y llegué con un hambre de locas, me instalé en la habitación, salí y encontré un supermercado, entré, vi unos quesos, había uno de cáscara colorada, compré jamón, pan y yogur, pero aquí había de todo, me mareé y al final compré un flan porque no sabía leer el francés y tenían cantidades. Pasé por la caja le dio un billete de cien francos, la cajera me dio el vuelto y entré al hotel. Mañana será otro día. Como las diez de la noche, escucho en el pasillo que hablaban español. Me hago la tonta y salgo. Me encontré con la Raula, un chico transformista muy simpático. Me dijo que vivía en el tercer piso Karina Pintarelli. Yo la había conocido en el hotel de la calle Mathieu. Al final llegó ella, nos saludamos, estuvimos tomando una sopa. Ellas tenían calentadores y algunas ollas para calentar sopa, café o para calentar la pava para tomar algunos mates. Bueno... los mates eran un privilegio por la falta de yerba. Al día siguiente comencé a ir al bosque, un frío de novela. Algunas se van a reír, pero me puse dos tapados, uno de lana y otro de piel de conejo. Buen rumor, las argentinas se enteraron que había llegado. Unas, me venían a saludar por curiosidad, otras porque las conocía de Buenos Aires. Esa noche no me fue mal. Era nueva, facturé, una buena suma: casi un año de mi salario en la farmacia. No lo voy a negar: ¡Me encantó porque podía vivir bien, en el sentido de que estaba en libertad! Salimos con las chicas, fuimos a Place de Clichy, era un enjambre de trans y conocí a la Pavón, donde me dio su carta de visita. Ella hacía vestidos, los novios te caían del cielo. ¡Ja, ja, ja! Era otra vida. Conocí a un chico de mi misma edad, muy simpático, con el que tuvimos una relación de algún tiempo. Él me hizo conocer muchas cosas: a saber comportarme en la sociedad francesa, yo no sabía hablar francés y creo que hasta ahora no lo hablo bien. Me hizo que estudiara francés y poco a poco fui adaptándome. Él siempre me dijo: "No te juzgo, pero no vas a morirte haciendo lo que hacés, tienes que buscar algo para que tengas una jubilación más adelante". La verdad que tenía razón, pero una es tan rara... y...

lo pensé más adelante. Comenzaron los tiempos duros, aquí con la epidemia del sida, muchas compañeras de diferentes nacionalidades comenzaban a morir. Nosotras aquí extranjeras, no teníamos ni un repelado. Así que comenzamos a organizarnos entre nosotras. Falleció Cristel, sola. Ella tenía un chico, que vivía con ella, pero a su muerte el chongo desapareció. Eso creo que fue lo que hizo un clic en mi vida. Fuimos al entierro Jéssica, Patricia, Raúl, Karina y otras chicas más. Cuando llegamos a la morgue ya habían cerrado su cajón, me indignó mucho y exigimos que la queríamos velar como correspondía a nuestras costumbres. Ahí vi que no es solamente tener dinero: todas las que estábamos presentes lo teníamos, pero no teníamos una integración social y comencé a luchar por nuestros derechos de integración.